

DAVID CASTELLO MONTEFIORE

Amigo de Bolívar y promotor de empresas de cultura y de industria en Colombia.

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

Tuvo Bolívar, en los días de su voluntario destierro en Jamaica, muchos admiradores y amigos efectivos entre los extranjeros, especialmente ingleses, que, sin ser militares, lo ayudaban en sus prodigiosos empeños de libertad, que seguían con atención el proceso de la revolución de las colonias hispanoamericanas contra su metrópoli y le probaban esa admiración y cariño en la adversa fortuna, cuando momentáneamente vencido parecía condenado al fracaso. De ese número de amigos, bolivariano de la primera hora, fue don David Castello Montefiore, nacido en Londres en 1790 y avecindado en Kingston en actividades de comercio.

Venía él de dos viejas familias de honda raigambre italiana, como lo indican sus dos apellidos de origen toponímico, emigradas a Inglaterra en distintas épocas y llegadas al apogeo de su grandeza en la segunda mitad del siglo XVIII, principalmente la rama Montefiore, de la cual el más alto representante fue un primo hermano de don David, Sir Moses Montefiore, Alcalde Mayor de Londres, Presidente de la Cámara de los Comunes, Presidente de la famosa Corporación de Pesca de Inglaterra y filántropo cuyo nombre se recuerda con veneración en las comunidades sefardistas de Rusia, Rumania, Marruecos y Palestina (1).

Como todos los suyos, de muchas generaciones atrás, don David Castello Montefiore apenas terminada su educación humanística con gran éxito, especialmente en lenguas antiguas y modernas, se dedicó al comercio de importación y exportación, asociado primero a la firma Sasoon y luego por propia cuenta en la misma rama de negocios en Portsmouth donde conoció a la que andando los días había de ser su esposa, doña Mary Brandon y Mendes da Costa, celebrada por sus contemporáneos como una de las mujeres más bellas de su época, perteneciente como él a una antigua familia sefardita asimilada, pero de origen portugués y por lo Mendes da Costa prima hermana, a su vez, de otro grande de Inglaterra, el insigne Disraeli, de viejo tronco italiano, llegado a su apogeo con el título de Conde de Beaconsfield y considerado como uno de los más grandes estadistas del mundo en su tiempo.

No sabemos por qué motivo, pero es lo más seguro suponer que llevado por sus negocios, el joven David Castello pisó por primera vez tierras del

Virreynato de la Nueva Granada en 1808, en las playas de Cartagena de Indias, donde tuvo relaciones de amistad con los hombres que estaban en vísperas de dar un golpe de estado a la autoridad superior de la provincia, como los Ribón, Martín, Amador, Zubiría, del Real, etc. (2) y como era natural, y así lo recordaba él más tarde, desde entonces quedó prendado de estas tierras de promisión y de sus gentes, aunque por el momento prefirió regresar a Kingston, donde acababa de establecer una respetable casa de comercio.

Y allí el destino le preparaba la oportunidad no solo de conocer, sino de admirar y estrechar relaciones de amistad con un celeberrimo "refugiado", el general Simón Bolívar, llegado a la isla después de los desastres de Venezuela y a raíz de sus desavenencias con el jefe civil y militar de Cartagena, que le habían impedido poner su genio militar al servicio de la defensa de esta plaza, en momentos en que se veía amenazada por la expedición punitiva, más que pacificadora de don Pablo Morillo. Bolívar se había acogido a Jamaica como a lugar seguro y propicio para continuar su empresa revolucionaria, bajo la protección del gobierno inglés y la benévola tolerancia del gobernador jamaicano. No podía haber escogido sitio mejor el formidable campeón de la libertad que ese, donde se vio rodeado del cariño y la comprensión de distinguidos hombres de negocios que no vieron en él a un derrotado y con él una causa perdida, sino a un genial conductor, desafortunado en ese momento, pero capaz de coronar una colosal empresa libertadora. Esos hombres de trabajo, por lo que sabemos ahora, seguían con preocupación el curso que iban tomando los asuntos de la independencia de las colonias españolas. Uno de ellos, Mr. Edward Cullen, llegó en su interés hasta someter al gran "refugiado" a un reportaje sobre el futuro de esos países en lucha por su libertad, que se veía tan oscuro en esos días de vencimiento, lo que dio pie al documento famoso que pasó a la historia con el nombre de *Carta de Jamaica*, o Carta profética, como ha sido justamente llamada. Por lo que hace a David Castello Montefiore es preciso reconocer que no tuvo dudas en el éxito futuro de su amigo Bolívar y con el mayor desinterés "le procuró armamento y jamás exigió remuneración por sus servicios" (3). Nunca se supo cuál fue la cuantía de la contribución de Castello a la expedición que Bolívar preparaba entonces y que se realizó luego desde Los Cayos, pues ese austero hombre de negocios jamás quiso revelarlo. La personalidad del "refugiado", sus ideas y esperanzas, su carácter recio y emprendedor, habían impresionado tan fuertemente su espíritu que esto solo bastó para que abriera su caja de caudales a una empresa que se protectaba dentro de un horizonte oscuro, aunque confiada a un hombre genial y de voluntad de hierro.

Años más tarde, cumplida la magna obra de la emancipación y cuando ya el antiguo "refugiado" dormía el sueño de los inmortales, Castello prolongaba su devoción al grande hombre mediante "un busto de Bolívar, modelado por Tenerani, coronado de laurel y colocado sobre una columna de caoba en lugar preferente de la sala de su casa de habitación" (4). Y para perpetuidad de su recuerdo gustábale contar a su nieto, Jorge W. Price, al calor del hogar, las excelencias de ese amigo extraordinario de otros días "para inculcarle sentimiento de amor y veneración al Padre de la Patria colombiana".

De Kingston trasladó Castello sus negocios a Nueva York, donde fundó una poderosa casa comercial, pero "una gran pérdida de fortuna", agravada con la muerte de su incomparable esposa, lo determinaron a radicarse, hacia 1846, en la capital de la ya república de Nueva Granada, en la Bogotá de mediados del siglo pasado, que estaba aún anclada con un pie en el pasado colonial y otro de avance hacia los países cultos de Europa y donde prosperaba una selecta colonia extranjera, especialmente inglesa, que colaboraba con decisión en los anhelos de progreso del vecindario. Parte no pequeña en esa determinación de Castello fueron las instancias de sus amigos neogranadinos que apreciaban sus dotes de gran señor y de hombre de empresa, entre ellos el general Tomás Cipriano de Mosquera y el doctor Lorenzo María Lleras a quienes había conocido años antes y brindado generosa hospitalidad en Kingston. El más interesado en este traslado fue sin duda el doctor Lleras que debía a Castello haberle salvado la vida en circunstancias verdaderamente trágicas. "El doctor don Lorenzo M. Lleras, cuenta Price, cuando joven, navegaba para Jamaica en una goleta, la que ya a la vista de Kingston zozobró. De pronto vieron los naufragos que se dirigía a ellos una lancha en la cual iba don David Castello, quien recogió al doctor Lleras y lo hospedó en su casa de habitación" (5).

Establecido en Bogotá con sus hijos, de ellos, Elisa casada para la época con el gran pianista y compositor Enrique Price; María, casada aquí en primeras nupcias con Jorge B. Child y en segundas con Salomón Koppel; Susana, fallecida en la adolescencia; Edmundo F. de H. Castello, casado en primeras nupcias con doña Juana González y luego con doña Victoria Páramo y Santiago, artista por vocación y por estudio, el hogar de don David Castello fue el centro de la sociedad más distinguida de entonces y el foco de irradiación de grandes iniciativas y realizaciones de progreso de la capital, en actividades industriales, artísticas y deportivas. Fundó apenas llegado aquí la casa comercial "Castello e hijos" y más adelante la "célebre Compañía Agrícola Anglo Colombiana, en asocio de los Schloss, Stiebel, Goyeneche y Santamarías, la cual impulsó en el país la industria del tabaco en las afamadas vegas de Lagunilla, y la aplicación de las ruedas hidráulicas de fierro a los trapiches de caña. Fue el primer renovador y propagador de la exportación de la quina colombiana que desarrolló tanta riqueza en el país" (6). Aun más: a sus instancias y consejos, su yerno don Salomón Koppel, cónsul del Imperio alemán y competente hombre de negocios, puso las bases de la fundación del Banco de Bogotá que tantos y tan inestimables servicios ha prestado al desarrollo de la economía colombiana.

Por otro lado el hogar de don David Castello se había convertido, andando los días, en un centro musical de primer orden, donde corrían vientos de renovación de alta cultura artística. Músico él también, pues en su juventud había sido pianista de regulares dotes, colaboró en la importante empresa de su yerno, el afamado maestro don Enrique Price, de dotar a Bogotá de una "Sociedad Filarmónica", semillero de notables personalidades artísticas, que debe tenerse como punto de partida de las excelentes orquestas que de allí en adelante se fundaron en la capital para llegar a la magnífica Sinfónica de nuestros días, en el largo recorrido de un siglo. A Price, "regenerador de la música en Bogotá", como justamente

lo ha llamado el doctor Perdomo Escobar (7), le debe la ciudad un homenaje especial por su magna obra educativa en este ramo de las bellas artes.

Pero no solamente embargaba las actividades de espíritu de Castello los asuntos comerciales e industriales y las manifestaciones artísticas; como buen inglés gustaba de los deportes y fue parte principalísima para establecer en Bogotá el de carreras de caballos. Era de verse su gallarda figura, en riguroso atuendo de levita y sombrero de copa, presidir las competencias de los caballos sabaneros, montados por sus propios dueños, con la solemnidad de un perfecto *gentleman*, como si se tratase de correr el Derby de Inglaterra, rodeado de sus distinguidísimos compatriotas Logan, Sayer, Elbers, Reed, Davoren, Polk, Blagborn, en esas primitivas carreras a que asistía el Presidente de la República con lo más granado de la sociedad bogotana en el improvisado "hipódromo" de Campoalegre a orillas del río Fucha. Se trataba entonces no solamente de poner una nota de alegría en el descanso dominical de la quieta y confiada Bogotá, sino de colocarse a la altura de los países europeos con un deporte inocente y desinteresado, como lo recordaba años más tarde el primer cronista hípico don Ramón Guerra Azuola (8). Hizo aún más, don David Castello, por elevar el deporte hípico que asume hoy caracteres de diversión e interés nacionales: movió y ayudó a su yerno don Jorge B. Child a importar sementales de raza inglesa, la de más fama en el mundo, con ese objeto, empresa muy arriesgada entonces porque apenas nacía la afición con los primeros ensayos. Child recordaba más tarde lo que fue la tragedia de esa importación de reproductores, para llegar algunos ejemplares a la sabana, en una de las mayores sequías del río Magdalena.

A la edad de 92 años, en 1882, falleció en Bogotá don David Castello Montefiore, después de haber gastado en esta tierra, que él consideraba como su segunda patria, más de medio siglo consagrado al servicio de sus semejantes, preocupado en todo momento por el progreso del país en empresas arriesgadas que alguna vez lo pusieron al borde de la ruina por causa de crisis mundiales en los negocios. Vivió y murió rodeado del cariño de quienes lo trataron y admiraron sus virtudes cívicas. Queden estas líneas como un homenaje a este olvidado amigo de Bolívar, generoso y noble colaborador en la independencia y tronco de familias que han sido ornato de Colombia.

NOTAS

- (1) *Philo-Lexicon, Handbuch des jüdischen wissens*. Berlín, 1935, p. 472.
- (2) PRICE, Jorge W., *Biografías*. Imprenta de La Cruzada. Bogotá, 1916, p. 83.
- (3) Id. *ibid.*, p. 84.
- (4) Este busto, verdadera obra maestra del insigne escultor italiano se conservaba hasta hace algún tiempo en casa de uno de los descendientes de Castello.
- (5) PRICE, ob. cit., p. 85.
- (6) Id. *ibid.*, p. 87.
- (7) PERDOMO ESCOBAR, José Ignacio, *Historia de la Música en Colombia*. 3ª edición. Biblioteca de Historia Nacional. Vol. CIII. Editorial A B C. Bogotá, 1963, p. 71.
- (8) Aunque las carreras de caballos se iniciaron en Bogotá, hacia 1825, por los oficiales ingleses, entonces numerosos en la capital, no tuvieron el carácter de deporte permanente, sino como mero pasatiempo. Solo en 1846 se trató de establecerlas definitivamente, con la observancia de reglamentos y costumbres copiados de Inglaterra.